

EL TEJIDO SUBJETIVO DE LA VIOLENCIA EN EL REVÉS DE LA MASCULINIDAD

Antonio Pignatiello Megliola¹
antonio.pignatiello@gmail.com

UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA

Fecha de recepción: 05 de diciembre de 2013

Fecha de aceptación: 15 de enero de 2014

Resumen

En este artículo recopilamos los fundamentos de una aproximación psicoanalítica a la masculinidad como resultado de una construcción social y subjetiva. Nos adentramos en los procesos subjetivos por los cuales la violencia se liga a lo masculino. Abordamos el poder y su lugar como objeto psíquico, el empuje de los ideales internalizados, el papel de la fantasía en las relaciones con la realidad y la hipertrofia de la agresión correlativa a la restricción emocional, como aspectos de la subjetividad involucrados en la producción de la violencia. Proponemos ver la violencia masculina como formación sintomática que teje referentes culturales y procesos inconscientes. Formulamos propuestas para poner en movimiento procesos de cambio subjetivo y social.

Palabras claves: masculinidad, género, psicoanálisis, violencia, síntoma, subjetividad.

Abstract

In this article we collect the foundations of a psychoanalytic approach to masculinity as the result of a social and subjective construction. We delve into the subjective processes that link violence to masculinity. We address power and its place as a psychic object, the drive of the internalized ideals, the role of fantasy in relationships with reality and the hypertrophy of aggression correlated to emotional constraint, as aspects of subjectivity involved in the production of violence. We propose to see male violence as a symptomatic formation weaving cultural references and unconscious processes. We formulate proposals to set in motion processes of subjective and social change.

Keywords: Masculinity, Gender, Psychoanalysis, Violence, Symptom, Subjectivity.

¹ Licenciado en Psicología de la UCV, Magister Scientiarum en Psicología del Desarrollo Humano de la UCV.

Saber la última palabra acerca del ser masculino, encontrar finalmente la verdad varonil, sustentar los valores de la virilidad para rescatarlos. Ninguna de esas expectativas será satisfecha en las líneas que siguen, el lector está invitado a dejarlas a un lado y pasar adelante. En este texto nos proponemos contribuir a reconocer sufrimientos usualmente encubiertos, comprender cómo se producen y abrir caminos para su superación. Sufrimientos derivados de cargar con un supuesto ser atribuido por otros y del apego inconsciente a convenciones sociales que han calado hasta los huesos. Ocuparse de eso requiere romper pactos de silencio para problematizar la masculinidad que usualmente es tomada como algo obvio, simple, unitario y básico. Abordamos la construcción subjetiva de lo masculino en su complejidad y sus carencias como formulación acerca del ser.

Esta indagación no se hace para satisfacer el intelecto o como ejercicio académico, es parte de la praxis que realizamos en la atención clínica, el diálogo creador de los espacios docentes, el acompañamiento a grupos en comunidades y el ejercicio cotidiano de la ciudadanía. Si procuramos hacer relevante lo que falla, deja insatisfacción y produce malestar, no es para oponerle modelos ideales sino para abrir la posibilidad de nuevas opciones, para vislumbrar caminos de cambio en los que la masculinidad deje de ser una armadura que el sujeto se impone.

Por diferentes vías podemos revisar los modos de vida masculinos, sin embargo, si nuestra acción está inserta en el momento histórico que vivimos, tenemos que atender a la magnitud de la violencia en nuestra sociedad para darle prioridad a realidades individuales, sociales, familiares e institucionales que nos muestran las consecuencias de un hacerse hombre bajo el dominio de imperativos culturales que legitiman y naturalizan la violencia como elemento que definitorio de la masculinidad.

EL REVÉS DE LA MASCULINIDAD

Tendemos a asumir que la masculinidad es una esencia innata, una naturaleza que viene dada en quienes la poseen pero, en realidad, es resultado de la inserción del individuo en la cultura. La supuesta naturaleza masculina no existe. Un hombre al igual que una mujer, no nace como tal, se hace en medio de procesos que involucran referentes culturales, relaciones sociales y vivencias individuales. En cualquier contexto, al formular la pregunta «qué es ser hombre» se evidencian dificultades para definir lo que pareciera obvio. Indagar en la masculinidad nos lleva a atravesar la ficción que la asocia con hegemonía, privilegio, dominio y superioridad que detentan

los hombres por derecho natural o divino, nos lleva a ver detrás de lo masculino asumido como la posesión de atributos, cualidades y derechos de los que carecen los seres femeninos en el contexto de relaciones de desigualdad.

Cuando preguntamos qué significa ser hombre nos encontramos con una respuesta que no termina de llegar, un referente que no termina de encontrarse. En medio de lo más evidente hay un vacío, preguntar por el significado de la masculinidad lo hace presente. Freud señaló que el inconsciente adolece de una imposibilidad para dar significado psicológico a la masculinidad y la feminidad. El inconsciente recubre ese agujero con significaciones derivadas de binarios como activo-pasivo, poseedor de pene o castrado (Freud, 1933/1981).

Lacan retomó el asunto afirmando que no hay saber en lo real que responda por la posición del sujeto en la diferencia de los sexos, ni por la relación entre ellos. Saber en lo real es el instinto, un programa por el cual el individuo sabe qué debe hacer como macho o hembra de la especie. Lo sabe, no necesita preguntarse si lo sabe (Lacan, 1981). Podemos ubicar el inconsciente como la manera en que el sujeto hablante suple la ausencia de ese saber en lo real; la suple dándole sentido a los significantes «masculino» o «femenino» que le son asignados a través de vínculos y prácticas sociales regidos por la cultura. El significado no existe de antemano como referente del ser, es efecto de la manera como un sujeto encadena significantes que toma del Otro.

Desde esta perspectiva no hay un significado inmanente de lo masculino o lo femenino. No existe El Hombre como referente universal. La masculinidad es tonel sin fondo, las subjetividades de hombres y mujeres son Danaides que buscan llenarla de sentido. Esto implica también cuestionar en los textos psicoanalíticos la naturalización con que se trata lo masculino en contraste con el carácter de continente oscuro asignado a la feminidad.

Desde la perspectiva de los estudios de género, Connel (1997) plantea que las investigaciones sobre la masculinidad no han podido producir una ciencia coherente acerca de la misma. Esta falla se debe a una imposibilidad de la tarea, porque «la masculinidad no es un objeto coherente acerca del cual se pueda producir una ciencia generalizadora» (p. 31).

Connel señala que la definición de la masculinidad «nunca ha estado suficientemente clara» (p. 31), y lo demuestra con una revisión de las definiciones propuestas en las investigaciones sociales. Identifica cuatro enfoques en las definiciones: esencialistas, positivistas, normativas y semiológicas. Las definiciones esencialistas toman un rasgo al que definen

como núcleo de lo masculino, una esencia que sería la base universal de la masculinidad. Las definiciones positivistas se proponen describir lo que los hombres son. Están en la base de las escalas de masculinidad y feminidad usadas en psicología, así como de los trabajos etnográficos que aportan descripciones de patrones de vida de los hombres en una cultura. Las definiciones normativas formulan modelos que establecen lo que los hombres debieran ser. Los modelos o ideales de masculinidad adquieren un carácter de norma a la que los hombres tratan de adecuarse. Las semiológicas se basan en la lingüística estructural para definir lo masculino y lo femenino como lugares dentro de un sistema de diferencias simbólicas. La masculinidad no es esencia, dato fáctico o modelo normativo, sino resultado de una oposición semiótica.

El autor destaca las debilidades de los tres primeros enfoques. Las definiciones esencialistas son arbitrarias en cuanto a lo que postulan como esencia. Las positivistas incurren en hacer descripciones que no son neutras, encubren asunciones previas acerca de características de los géneros siguiendo tipologías del sentido común. Las definiciones normativas tropiezan con el hecho de que muy pocos hombres se acercan a los modelos ideales, rol e identidad no son equivalentes ni se corresponden en el plano de la personalidad. En cuanto al enfoque semiótico, señala la necesidad de incluirlo en una visión que abarque las relaciones de género dentro de un sistema que incluye lugares y prácticas sociales (Connel, 1997).

En torno a la masculinidad se tejen significados para llenar la carencia de un referente universal. Pero los múltiples significados acerca de lo masculino dejan siempre un resto, algo que escapa a la significación e introduce la falta en el sujeto.

La masculinidad no existe por sí sola, es resultado de una amplia trama de relaciones, significados y prácticas, es producto de una muy amplia interdependencia que ignoramos creyendo que lo masculino viene dado por los genitales o las hormonas. Fuera de esa interdependencia la masculinidad es vacuidad, se construye en los bordes de un vacío. Si nos adentramos en el revés de la masculinidad ubicamos por una parte, el reverso donde podemos identificar los modos en que se usa lo masculino para recubrir y rechazar ese vacío, por la otra, el reconocimiento de las formas en que eso fracasa. ¿Qué fracasa? Un modelo cultural hegemónico y los afanes individuales por realizarlo.

El psicoanálisis no trata de ubicar una verdadera masculinidad o ayudar a encontrarla, sino más bien ayuda a encontrar y comprender su vacuidad para librarse del peso de ficciones construidas para encubrirla. No hay psicoanalista o analizante que pueda sinceramente sostener que el

conocimiento del inconsciente le ha permitido alcanzar la esencia del ser masculino o femenino. Lo real de la subjetividad queda por fuera de las dualidades que el lenguaje introduce.

Para una praxis que procura movilizar procesos de cambio no nos basta con ver la masculinidad como la realización de un modelo cultural, hace falta ir más allá de identificar y estudiar estereotipos, tenemos que considerar las estructuras y procesos subjetivos implicados en la construcción de lo masculino. Esta indagación tiene interés no sólo para el trabajo terapéutico, sino también para el educativo, político, judicial, artístico o comunicacional. Desde el psicoanálisis promovemos una aproximación a la construcción subjetiva de la masculinidad, sus implicaciones encubiertas, los síntomas que de ellas derivan y la terapéutica que les corresponde. Para cuestionar o promover cambios en los modos en que se vive la masculinidad hay que superar tabúes, sortear barreras, poner en entredicho certidumbres que dan seguridad, cuestionar ideales, revisar valores, abandonar costumbres.

En el inconsciente el sujeto formula respuestas acerca de qué es masculino, las cuales son vividas en la vida cotidiana y regulan prácticas sociales. Son formulaciones de sentido que encubren una carencia de ser, son defensas frente a la falta, la ambigüedad y la incertidumbre. Aportan referentes a los que se aferra el sujeto, se hace preso de ellos, se impone pruebas, somete a otros y no vive más que para sostener un sentido al que ha fijado su existencia. El psicoanálisis nos permite no sólo descifrar lo encubierto en esa vivencia de lo masculino, sino también reconocer los procesos subjetivos que intervienen en su producción y movilizar aquellos que hacen posibles los cambios. Si procuramos hacer relevante lo que falla, deja insatisfacción y produce malestar, no es para oponerle modelos ideales sino para abrir la posibilidad de nuevas opciones, para vislumbrar caminos en los que la masculinidad deje de ser una armadura que el sujeto se impone.

PADECER DE LA MASCULINIDAD

Eso que se construye para creer que sí se sabe qué es un varón se convierte en carga, armadura que entorpece. Un hombre se hace a través de vivencias, relaciones y procesos subjetivos que pueden involucrar sufrimiento, represión, trauma, discapacidad, exclusión o muerte. Existe siempre una distancia entre los ideales sociales de masculinidad y la realidad de los individuos, aunque esa brecha suele ser encubierta se manifiestan las tensiones, desencuentros, conflictos y patologías que de ella se derivan.

Hacerse hombre es acceder a costosos privilegios y falsas ganancias tras las que se esconde un padecer de la masculinidad. Un mandato de aguante y silencio fuerza a muchos hombres a convivir por años con algo que produce daño a sí mismos y a otras personas, a tomarlo como normal, a resignarse, a sentirse orgullosos de sobrellevarlo, otras veces ni siquiera perciben el problema o sus consecuencias. A la vez, muchas personas asumen que expresar malestar y pedir ayuda son conductas reñidas con la identidad masculina.

Las enfermedades cardiovasculares, las adicciones al trabajo, el alcohol u otras drogas son algunos padecimientos reconocidos en los hombres. Tras la impostura de dominio, autosuficiencia e invulnerabilidad encontramos otras dolencias encubiertas en la sexualidad, la pareja, el amor, la educación, el trabajo, la paternidad, la adolescencia o el envejecimiento. Son síntomas de malestares vinculados a la construcción social y subjetiva de la masculinidad.

El inconsciente individual participa en la producción de ideologías que impiden asociar lo masculino con algo que no anda bien, un malestar, una queja. El fracaso de la masculinidad hegemónica, la que se considera «normal» no es tanto por insuficiencia sino por exceso. Hombres y mujeres padecen al estar demasiado apegados a los ideales de masculinidad imperantes. La experiencia clínica nos muestra cómo el estar adaptado y realizar esos mandatos culturales puede llevar al sufrimiento.

¿Es realmente tan natural eso que llamamos masculinidad? ¿Qué la inviste de tanto valor que se hace cualquier cosa con tal de no perderla? Hablamos de un valor económico, moral y estético asignado a la masculinidad en el contexto de relaciones de poder, que es correlativo a la angustiada amenaza de perderla si no se demuestra poseerla.

Una carencia de ser es el vacío en torno al que se construye la masculinidad, las subjetividades masculinas expresan diversos modos de defensa frente a esa carencia, es decir son modos de evadirla, encubrirla e intentar llenarla. Hay mandatos culturales que dictan cómo debe ser el hombre, pero no hay individuo masculino que se adecúe al tipo ideal que postula la cultura. Ante esta brecha, una gran cantidad de hombres opta inconscientemente por el afán angustiante de tapanla con insignias de poder, posesiones fálicas, excesos, riesgos y hasta con la propia muerte. El ejercicio de la violencia tiene un papel preponderante en este proceso.

VIOLENCIA EN LA CONSTRUCCIÓN DE LA MASCULINIDAD

La violencia se ha vuelto cotidiana y se ha convertido en motivo de sufrimiento en todos los ámbitos de nuestra sociedad. La comprensión de tal realidad y la propuesta de salidas requieren que tengamos en cuenta sus vinculaciones a la construcción de la masculinidad. Como agresores y también como víctimas, los varones son protagonistas de graves problemas sociales y de salud pública regidos por la violencia. Tenemos así la que ejercen contra mujeres, niños y niñas, la que se presenta en el ámbito laboral o escolar, la violencia delincuencia y carcelaria, y aquella que se ejerce contra hombres que difieren de los estereotipos viriles. Debemos también considerar la exposición de los hombres a situaciones de riesgo y los suicidios como conductas violentas autodestructivas (Huggins, 2005).

¿Acaso esto se debe a las hormonas, al instinto, en fin a la naturaleza masculina? La violencia es una realidad creada por seres humanos, es producida socialmente, es resultado de relaciones de poder, una forma de relación, una postura ante los conflictos, un modo de vida (Huggins, 2005). Implica posiciones subjetivas que la sustentan, hay estructuras y procesos subjetivos involucrados en su producción.

La Organización Mundial de la Salud (2003) define la violencia como «el uso intencional de la fuerza o el poder, de hecho o como amenaza, contra uno mismo, otra persona o un grupo o comunidad, que cause o tenga muchas probabilidades de causar lesiones, muerte, daños psicológicos, trastornos del desarrollo o privaciones» (p. 5). Esta definición nos plantea una serie de aspectos que debemos tener siempre en cuenta al aproximarnos a la violencia: las intenciones, el uso del poder, las relaciones sociales y el daño que deja en individuos y comunidades.

La violencia no existe por sí sola ni se reduce a un conjunto de hechos objetivables, es un tejido de estructuras, procesos y prácticas, una amplia red de interdependencias que involucra vínculos sociales y subjetividades. Comprender ese entramado supone entender que no hay ningún factor al que por sí solo se le pueda atribuir la causa de la violencia. Ésta, al igual que otras realidades humanas es resultado de una combinación de factores predisponentes y desencadenantes a los que hay que agregar la elección de sujeto. La violencia es una realidad que responde a múltiples causas, debemos abordar su complejidad desde múltiples perspectivas y con múltiples conocimientos.

Lo planteado nos permite ubicar en su contexto nuestra aproximación a las relaciones entre la violencia y la construcción de la masculinidad. No se trata de plantear una relación de causal que excluye otras, pero hay que

tener presente que la ligadura entre masculinidad y violencia no es circunstancial ni se reduce al papel protagónico de los hombres en los hechos violentos. La construcción social y subjetiva de la masculinidad incide en la producción de la violencia a través de procesos que se encuentran naturalizados, legitimados e invisibilizados. Esta visión no nos dará la explicación final de la violencia, pero es una perspectiva necesaria de la que no se debe prescindir en el análisis de cualquiera de sus formas.

Nuestra aproximación psicoanalítica al revés de la masculinidad plantea la importancia de ver más allá de la diferencia sexual anatómica para integrar la construcción social, histórica y subjetiva del género. De acuerdo con lo que plantea Huggins (2005), asumimos que género es más que una variable o factor explicativo, se trata de una categoría de análisis para comprender que lo femenino y lo masculino es producto de la intersubjetividad, lo relacional y cultural, no del sexo con el que nacemos. Es producción humana y no realidad natural. La diferencia sexual anatómica tiene un fin circunscrito a la reproducción, el género atraviesa todos los aspectos de la vida humana, se sustenta en relaciones, prácticas, imágenes y lenguaje. Es normativo, dicta lo que está bien o mal, lo permitido o prohibido, lo bello y lo feo, lo normal o anormal. Femenidad y masculinidad se construyen dentro de relaciones de poder cuyo ejercicio involucra desigualdad y subordinación a una hegemonía patriarcal.

Con base en lo anterior podemos plantearnos el análisis de la violencia y el ejercicio del poder como parte de la construcción de la masculinidad dentro del modelo cultural hegemónico en nuestra sociedad. Muchas de las acciones en respuesta a la violencia soslayan esto e incluso legitiman valores y prácticas que la promueven como un modo de vida que se reafirma la virilidad. El asunto nos interesa más allá del contexto clínico, tiene relevancia en la acción de políticos, docentes, comunicadores, profesionales de la salud, líderes religiosos, madres y padres. Tenemos que resignificar la violencia a partir de sus vínculos con la construcción de lo masculino, sea que nos ocupemos de violencia intrafamiliar, de pareja, escolar, laboral, policial, delincuencia, carcelaria, bélica o política.

Ser varón va asociado con ser violento, esto forma parte de la definición de masculinidad tal como se vive en nuestro momento histórico y cultural. Una asociación valorada e idealizada de manera abierta o encubierta, según sea el caso, por ejemplo, de un delincuente o de un líder político. Esta asociación se nos presenta como algo eterno con resonancias esencialistas, parece evidente en sí misma como una relación entre signifiante y significado. La violencia le da significados a la masculinidad y la vivencia de ésta le da significados a la primera. Esto tiene efectos de

especial relevancia en el plano del yo, es decir de la formación y legitimación de identidades masculinas. Pero no debemos creer que todo se reduce a esta relación semántica. El significado involucra subjetividad pero ésta es más que un conjunto de significados, lo subjetivo no se reduce a los significados conscientes o inconscientes que habitan al individuo.

El lugar de la violencia en la construcción y vivencia de lo masculino involucra un conjunto de procesos subjetivos, una amplia red de interrelaciones en las que emerge el sujeto, las cuales trascienden la producción de significados que sustentan identidades, trascienden el conjunto de convenciones sociales internalizadas que llamamos yo.

EL PODER Y SU LUGAR EN EL SUJETO DE LA VIOLENCIA

La construcción de la masculinidad involucra el poder, su distribución y ejercicio en las relaciones entre géneros. Ser hombre se suele asociar con detentar el poder de muchas formas en lo público y lo privado, determinando relaciones de inequidad y sometimiento. Las posiciones subjetivas y los roles sociales de los hombres se fundamentan en ideales de dominio, según los cuales un hombre se define por el poder que tiene y es capaz de ejercer en relación con otros. Poder que puede tener muchas formas: político, económico, sexual, profesional, etc. El asumirse hombre de esta manera conlleva atribuir a las mujeres, un lugar de subordinación e inferioridad que justificaría su sometimiento al poder masculino. Esto plantea relaciones de inequidad en todos los ámbitos de la vida.

La violencia se inserta aquí como uno de los modos en que se ejerce el poder sobre quienes son percibidos como inferiores, afirmando así una posición de dominio. El uso de la violencia por parte de los varones se puede entender como un modo de sostener las relaciones de inequidad. Esto se da no sólo contra las mujeres, sino también en las relaciones entre hombres, contra aquellos que se salen de la norma porque manifiestan actitudes y conductas que divergen de la masculinidad dominante.

Con los hilos del poder se hilvanan experiencias de vida, costumbres, vivencias subjetivas y conductas con las que se hacen los hombres, en el marco de referentes culturales y relaciones sociales que instituyen posiciones de superioridad jerárquica, dominio y control de ellos sobre las mujeres. Este orden socio cultural basado en la hegemonía masculina atraviesa todos los aspectos de la vida humana, sustenta creencias y prácticas cotidianas en las cuales ser hombre y ser el que manda se presenta como un binario insoluble. De acuerdo a esta masculinidad patriarcal, ser hombre es

mandar en la familia, la sexualidad, la pareja, la producción y administración de bienes, el uso de la violencia. Es de hombres el dominio de las armas, del conocimiento, de la tecnología y de la conexión con la divinidad, pero no sólo eso, un hombre es un ser hecho a imagen y semejanza de un dios todopoderoso.

Debemos considerar que en las relaciones de los varones con el poder también hay conflictos, rechazo y sufrimiento. En todos los hombres encontramos brechas entre los ideales de dominio y la realidad del sujeto, así como otros deseos e ideales orientados a relaciones de equidad, solidaridad, cuidado mutuo y apoyo (Kauffman, 1997).

En muchos lugares la hegemonía masculina ha sido cuestionada, los imperativos patriarcales se han puesto en entredicho y se han logrado cambios sociales, culturales y políticos que han eliminado desigualdades. Sin embargo para muchas personas, comunidades e instituciones sigue imperando la premisa según la cual lo normal es el dominio de los hombres sobre las mujeres. Así mismo, mucha gente siente alguna nostalgia de aquellos tiempos en que los hombres sí llevaban los pantalones y hacían valer su autoridad.

La asociación entre masculinidad y poder se mantiene viva en las subjetividades de hombres y mujeres, no como una ideología, sino como parte de procesos y estructuras inconscientes que se manifiestan en la vida cotidiana de los individuos. Así podemos empezar a comprender, por ejemplo, cómo es posible que parejas muy jóvenes repitan modelos machistas anacrónicos, o la fascinación que sienten muchas personas ante un-hombre-de-mando que abusa del poder sin límites ni pudor.

Donde hay hegemonía masculina podemos encontrar pactos de silencio y tabúes que la protegen. Hace falta perder el miedo y empezar a preguntarse ¿cómo se produce ese poder? ¿Cómo actúa? ¿Qué mecanismos usa para perpetuarse? En este punto nos apoyamos en los aportes de Foucault (1988) quien puso en entredicho que el poder tenga una condición ontológica o metafísica. Afirmó que «no existe algo llamado el Poder, o el poder, que existiría universalmente (...) Sólo existe el poder de 'unos' sobre 'otros'. El poder sólo existe en acto» (p. 12). Hay que poner en entredicho la suposición de que el poder es algo que tienen los hombres como parte de su naturaleza. Sin darnos cuenta, damos por sentado que el poder es un atributo de los hombres, como si eso se llevara en las hormonas, los testículos, la estructura corporal, la cantidad de vello o en la nuez de Adán.

El poder no es un recurso natural acumulado en ciertas personas, grupos o instituciones, tampoco algo que baja de los cielos para que unos elegidos lo detenten. Es una producción social, es resultado de un tejido de

relaciones en todos los ámbitos de la vida humana. Consiste en acciones que deciden la conducta de otros, existe siempre en el contexto de relaciones sociales e intersubjetivas y no como algo que se tiene o se acumula (Foucault, 1988). Se suele decir, por ejemplo, que el dinero o las armas dan poder, pero el poder no está en esos objetos sino en las relaciones donde alguien hace uso de ellos para imponer a otros sus decisiones. A muchas personas les resulta escandaloso y hasta angustiante percibir que el poder no es algo natural sino creado, es algo vacío que no tiene existencia por sí solo fuera de unas relaciones sociales que lo conforman.

Si lo planteado es así, entonces por qué tanto afán por algo que no tiene sustancia, por qué tanta lucha para tenerlo, por qué jugarse la vida en eso. En la subjetividad de los hombres la relación con el poder surge de la manera como cada uno incorpora ideales, formas de relación y rituales patriarcales. Para ser hombre hay que demostrar poder, este mandato está presente en la vida de los varones desde la infancia, así como la angustia asociada a lo que podría pasar si no se cumple con él. Hacerse hombre bajo esas premisas conduce a padecer de una hipertrofia de todo lo asociado con la búsqueda, manejo y sostenimiento del poder, que genera tensión, sufrimiento y daños para sí mismo y para los otros. El poder se convierte así en un objeto imaginario para ser poseído, arrebatado o cuidado como un tesoro fálico que se teme perder. Atrapado en esa dinámica el sujeto puede llegar al punto de no ser capaz de relacionarse con los otros sin la mediación de ese objeto.

Cuando el poder se convierte en objeto que rige el mundo psíquico se vive en una pose narcisista, se carga el peso de una máscara que encubre la vulnerabilidad, las carencias y la necesidad de recibir ayuda de otros. Detrás de rasgos de arrogancia se esconden seres que dependen de ilusiones ligadas al poder para sostener su autoestima, que viven temerosos de ser menos si no aparentan tener algún poder, así sea éste espurio, ilusorio, abusivo o delictivo. En el fondo esta es una posición de sumisión infantil a una amenaza imaginaria de castigo para quien no cumpla el mandato. Hay también los que se sienten poderosos porque en su realidad psíquica se han identificado con alguna figura encumbrada. Hay otros que se satisfacen mentalmente fantaseando situaciones de dominio sobre otros.

Otro modo de apropiación imaginaria se da a través de la significación fálica, la cual permite al sujeto acceder al poder como posesión de un atributo, un privilegio que lo distingue de otros seres desposeídos. El falo no es el órgano genital masculino. Tal como lo precisó Lacan (1985), el falo es un significante que ha sido promovido a un lugar privilegiado con respecto a la significación. Significante que designa al conjunto de vivencias,

afectos, figuras y relaciones agrupadas en el inconsciente como complejo de castración.

No es un objeto fantaseado, el falo viene a representar en el inconsciente las desigualdades instituidas en la cultura que le dan a lo femenino un lugar inferior y subordinado. En torno a él se ordena una retórica infantil que diferencia seres masculinos o femeninos con base en la posesión privilegiada de un órgano o la carencia del mismo, es decir tener el pene o estar castrado. Es resultado de una sustitución metafórica que encubre, bajo la significación de la castración, la cadena de normas, relaciones y prácticas que constituyen las diferencias de género. Podemos así comprender que el poder puede adquirir psíquicamente un valor fálico, que compele a poseerlo y retenerlo con angustia para no caer en la condición imaginaria de ser castrado

Un hombre que basa su existencia en dualidades como poderoso-vulnerable, dominante-sometido o superior-inferior, se mortifica pensando que no tener poder es estar castrado, angustiado se aferra a cuotas de poder con la pareja, los hijos, los alumnos, en las relaciones laborales, la práctica religiosa o las funciones gubernamentales. En ciertos casos, para tener poder un individuo se apropia de una persona, un grupo, una institución o una comunidad a la cual tiene sometida, atemorizada y humillada. Dinámicas de este tipo son parte de los procesos que producen violencia intrafamiliar, escolar, política, bélica, delincencial o carcelaria.

EL EMPUJE A LA VIOLENCIA EN LOS IDEALES DEL SUJETO

La significación del poder en muchas subjetividades masculinas está en conexión con el apego a una figura de padre sustentada en relaciones que asignan a los varones la preeminencia y superioridad sobre las mujeres y los hijos. Un dominio que llegamos a naturalizar hasta creer que no podemos prescindir de él, ni en la familia ni en la sociedad en su conjunto. Desde tiempos bíblicos se nos viene anunciando el caos del desenfrenado libertinaje en el que nos veríamos sumidos en ausencia del patriarca.

Hemos heredado la ficción de un padre todopoderoso, figura ligada a la autoridad y el ejercicio del poder, que pervive en muchas de nuestras relaciones cotidianas y que cultivamos en nuestros complejos inconscientes. Imagen del padre derivada de la reducción de las funciones maternas y paternas a la dicotomía de dar cuidado y ejercer autoridad, términos asignados arbitrariamente a mujeres y hombres respectivamente.

Un personaje que no necesariamente está presente en el hogar, ni se ocupa de lo que en él ocurre, una paternidad entendida como ejercicio del poder, como hegemonía dentro de la familia. Dentro de esa imagen cabe el padre proveedor, el salvador, el arbitrario, el punitivo, el que manda incluso a distancia o en ausencia. Figura que despierta sentimientos ambivalentes, entre un amor temeroso y un odio culpable. Figura patriarcal que en muchos casos forma parte de organizaciones familiares matricentradas, tal como lo ha descrito Moreno (1997) en la familia popular venezolana, pero tal vez esto es una verdad encubierta del funcionamiento patriarcal en muchas familias del mundo.

Entre las implicaciones que tiene hacer uso del poder para darle significado a la paternidad tenemos el autoritarismo, la violencia, el desapego y el abandono. Un padre todopoderoso es también una figura con el permiso imaginario para el exceso, la desmesura, es uno que no tiene límite en su voluntad, un varón que aspira a gozar de privilegios. Es aquel a quien se le otorga autoridad aunque esté ausente del hogar. También es ese del cual algunos recuerdan que los trató con rudeza y piensan que eso les hizo llegar a ser lo que son, con lo cual idealizan al poder paterno y minimizan sus méritos personales.

En el inconsciente individual la figura del patriarca agrupa representaciones, experiencias, afectos, relaciones que le dan poder. El sujeto le otorga omnipotencia imaginaria, tanto por medio de la idealización amorosa como por el de la amenaza terrorífica.

Esa figura temida y amada vive en el inconsciente como heredera de las creencias infantiles acerca del poder ilimitado del adulto y de la seguridad imaginaria que ellas aportan. Se rinde culto a un padre fantaseado, un ser poderoso e idealizado en el que no se quieren ver fallas o fisuras, no hay falta que descomplete su omnipotencia. Oscuramente, el sujeto se complace de admirar y sentirse bajo el cobijo de ese poder, funda en él sus ideales, sus fantasías, las normas a las que apega su vida. Su figura se desdobla en múltiples sustitutos cuyo rasgo común es el poder: jefe, líder político o religioso, doctor, profesor, policía o malandro.

Mujeres y hombres se subordinan a ese ídolo, entre las primeras encontramos los casos extremos de aquellas que se encuentran atrapadas en relaciones con parejas violentas. Entre los varones muchos son los que convierten la subordinación en identificación al patriarca, es decir hacen uso de él como referente para dar significado a su masculinidad, ser hombre es emular a esa figura en su poder.

Venimos de historias sociales y subjetivas en las que ha imperado la imagen de hombres poderosos llamados a usar la violencia contra alguna

expresión del mal, para salvarnos de enemigos temibles o para llevarnos a un porvenir de luminosa felicidad. Esa tradición nos presenta a esos personajes como ideales a seguir y la violencia como algo necesario, un camino inevitable, un deber y un derecho asignados a los varones. Eso lleva a creer que los hombres que rechazan la violencia están faltando a una obligación o son cobardes.

La inclinación a la violencia está sembrada en muchos hombres como un mandato superyoico en el cual se impone al sujeto un ideal, éste gobierna por medio del sentimiento de culpa y la angustia de castración, el sujeto se aferra a él temeroso de un castigo o de ser castrado, es decir degradado como poco hombre, afeminado.

La cultura promueve ideales que no alejan de la violencia sino que la promueven. En nuestro país tenemos guerreros, próceres y caudillos, semidioses que protagonizan las narrativas acerca de la historia de la patria, tal como lo ha señalado Luz Marina Rivas (2010). Son hombres de armas, patriarcas salvadores que habitan en el imaginario social y en el inconsciente individual como modelos a seguir. Junto a esos tenemos muchos otros personajes idealizados tales como el gobernante, el magnate, el líder de masas, el jefe militar o el potente seductor de mujeres. Consideremos también que, de acuerdo al entorno donde se vive, las figuras idealizadas pueden ser el traficante, el malandro, el preso que detenta el poder en la cárcel, el funcionario que exhibe un repentino éxito económico. Muchos jóvenes en nuestra sociedad están viendo esas figuras como referente de lo que sería hacerse hombre, a la vez que tienen cerrado el acceso a las oportunidades de vincularse a otros puntos de referencia para la construcción de identidad.

Los ideales de masculinidad se transmiten a través del habla cotidiana, las relaciones familiares, la escuela, las canciones de moda, la publicidad, los medios masivos, las iglesias o los partidos políticos, por mencionar algunas fuentes. Pautan el deber ser y las fantasías de logro en la carrera por hacerse hombre. Cada sujeto puede tomar una o más de estas imágenes, las incluye en su existencia para definir una identidad masculina asociada a poder, superioridad, violencia y falta de límites.

El ideal no se vive sólo como mandato, el sujeto puede incorporarlo como parte de su *yo*, allí lo convencional y arbitrario se naturaliza. El *yo* no existe de antemano, se forma en la relación con los otros, desde el comienzo y durante toda la vida. Podemos verlo como la sedimentación de sucesivas identificaciones extraídas de las experiencias, relaciones, actividades y roles asignados de acuerdo al género. A él se incorpora una imagen de privilegio, superioridad y poder dentro de relaciones de desigualdad con las mujeres.

Esa imagen le viene al sujeto de los otros a los que se vincula, está en el conjunto de referentes simbólicos que marcan su existencia desde antes del nacimiento.

El sujeto queda cautivado y atrapado en esa imagen, queda detenido en ella, contemplándola y sosteniéndola ante los demás. La formación de un *yo* masculino tiende a incluir los atributos y roles asignados simbólicamente a los varones. Se carga así al *yo* con rasgos tales como fuerza, poder, potencia sexual, control, insensibilidad, temeridad y rudeza. Lo que usualmente se asume como natural en el carácter de los hombres, en realidad se adquiere durante la niñez y la adolescencia por medio de identificaciones.

FANTASÍAS EN LA PRODUCCIÓN DE REALIDADES VIOLENTAS

Muchos promueven la violencia porque la consideran necesaria para sobrevivir, esto lo podemos encontrar en ámbitos tan dispares como la actividad política, el medio escolar, la calle o la relación de pareja. En cualquiera de esos ámbitos encontramos justificaciones para usar armas físicas, verbales o psicológicas para defenderse de supuestos peligros. Detrás de esta forma de legitimar la violencia, en verdad, lo que se está protegiendo no es más que la integridad narcisista y la arrogancia fálica, lo que se intenta salvar no es la vida sino una pose, una cuota de poder, una máscara de prepotencia que se confunde con respeto y seguridad, aunque detrás de ella se vive con miedo. Esto es hacerse partícipe de un malentendido que confunde sobrevivir con dominar, imponerse y eliminar al otro. La supuesta necesidad de la violencia en la que se atrinchera el sujeto, puede responder también a una proyección hacia el mundo externo de una angustia proveniente del mundo interno. Así la realidad se tiñe de amenazas para evitar percibir la angustia que deriva de conflictos psíquicos, especialmente de aquellos que derivan de la distancia entre el sujeto y los ideales superyoicos.

Decir que la realidad impone el uso de la violencia es una interpretación, una atribución de sentido en la que se asienta una posición subjetiva. No se trata de la realidad objetiva, se trata de que para el sujeto es así, esa es su verdad, la realidad es construcción subjetiva. Ese «mundo exterior» con el que se relaciona el individuo no es un conjunto de estímulos físicos, es ante todo el Otro, su presencia e incidencia, es lenguaje a partir del cual se le da sentido al mundo delimitado por él, es un conjunto de

imágenes y significados que hacen familiar al yo los objetos y eventos cotidianos. Por fuera de la realidad se ubica lo real que, excluido de lo simbólico y lo imaginario, carece de representación psíquica, es presencia desconocida e inquietante.

La violencia se puede cultivar en el territorio psíquico de un fantasear por el cual el sujeto queda detenido, congelado en una escena y una narración épica que incluye enemigos, lucha a muerte, aniquilación del otro y heroísmo del yo. Vive un relato fantaseado al que se apega porque le aporta ilusiones de dominio, el goce de hacer daño sin sufrir consecuencias y un medio para evadir realidades que lo afectan. Por medio del fantaseo el sujeto puede meterse en el traje de un personaje poderoso que sirve para encubrir carencias y sufrimientos.

Esta actividad psíquica interviene en la producción de personalidades y prácticas violentas porque la fantasía se constituye en marco y pantalla de la realidad para el sujeto, en paradigma de su estar en el mundo, de su modo de ser en relación con otros. El sujeto se apega al fantasma para guarecerse de lo real, tal como lo señala Lacan (1986). Esto nos permite develar la posición subjetiva de muchos varones que ejercen la violencia en la calle, en la escuela, con la pareja o en el desempeño de funciones públicas, pero no se consideran a sí mismos como violentos. En su manera de apropiarse de la realidad legitiman su conducta asumiendo que los otros son los violentos, son enemigos de los que hay que cuidarse. Podemos encontrar esta dinámica en hombres que ejercen la violencia en el hogar, éstos la asumen como necesaria para enfrentar amenazas atribuidas a la pareja, los hijos u otro miembro del grupo familiar. En esos casos también encontramos la búsqueda de reafirmación un personaje fantaseado, que contrasta con la realidad de un individuo carente de poder y subordinado a otros fuera del grupo familiar.

La violencia viene a instalarse como una máscara, un falso ser, tal como se presenta en las investigaciones de Verónica Zubillaga con jóvenes delincuentes caraqueños. Sus hallazgos muestran que procesos estructurales tales como exclusión, pobreza o abandono, son vividos por el joven como amenazas y dan lugar a demandas de respeto satisfechas a través de acciones violentas que aportan dividendos identitarios (Zubillaga, 2007). Desde la perspectiva de los procesos inconscientes, el respeto que obtiene el joven violento es una construcción imaginaria, por medio de la cual se recubren vivencias de ser víctima de violencias estructurales con una la posición fantaseada que aporta seguridad, filiación, participación económica y prestigio. Encubre la adversidad de su vida con una omnipotencia que, si bien puede tener interlocutores que la validen (otros jóvenes, la comunidad,

la policía), no existe fuera de los límites del fantaseo. El joven que llega a sentirse respetado por medio de la violencia, no deja ser a la vez un individuo excluido, degradado por estigmas, vulnerable y pobre. El dividendo identitario encubre lo real del sujeto. En la investigación realizada por Rangel (2011) se evidenció que los jóvenes delincuentes perciben esta dualidad y la viven como dos realidades de vida escindidas y excluyentes.

Por medio de la matriz fantasmática el sujeto articula identificaciones, mandatos culturales, roles y emociones dentro de una realidad construida a la medida de un personaje que vive la violencia como algo inevitable, necesario y enaltecedor. Hombres de diversas edades y contextos sociales han construido su realidad familiar, laboral, grupal o comunitaria como un campo de batalla en el que no hay límite para las pulsiones destructivas. Viven aferrados a una mentalidad de guerrero en acción bélica, el cual sólo actúa, no piensa, no siente, tiene permiso para cualquier cosa que sirva para destruir al enemigo. El guerrero está exonerado de reflexionar sobre las consecuencias de sus actos y de ponerse límites. La batalla está vacía de sentido pero el sujeto se aferra a ella porque le aporta oscuras satisfacciones.

La actividad mental puede apegarse a la fascinación y la autocomplacencia que aportan escenas violentas, se regodea en fantasear cómo destruir, hacer daño o causar muerte. Esto hace al sujeto tributario de una cultura de la violencia que envuelve a la guerra de una fascinante hermosura. Muchas fantasías masculinas han sido moldeadas por relatos épicos que nos presentan la guerra como un evento cargado de belleza, donde se exhiben las mejores dotes viriles. En una reescritura crítica de la *Ilíada*, Baricco (2005) nos ha mostrado que este es un imaginario que ha tenido profunda incidencia en la historia de la cultura llamada occidental. La guerra está envuelta en una belleza que la convierte en gesta donde hombres comunes se elevan a la condición de héroes. Hillman (2010) por su parte ha planteado que la cultura contemporánea, tras una fachada de bondad e inocencia, promueve el amor por la guerra haciendo de ésta un evento sublime en el que muerte y destrucción se revisten de valoración erótica.

La fascinación está presente en el difundido consumo de escenas de violencia armada en juegos electrónicos, videos y cine. La guerra se puede llevar también a la vida cotidiana, en la familia, la escuela, la calle o las instituciones políticas. Para vivir tan sublime relato se necesita inventar enemigos, éstos pueden ser hombres rivales, mujeres o cualquier persona que tenga otra orientación sexual, creencia religiosa o afinidad política.

HIPERTROFIA DE LA AGRESIVIDAD Y RESTRICCIÓN EMOCIONAL

Mujeres y hombres tienen la capacidad para emprender conductas agresivas, sin embargo, en la socialización de unos y otras la agresividad recibe un trato diferencial. En ellas las expresiones de rabia son más criticadas y sancionadas que en los varones. Con ellos son frecuentes las prácticas que validan la agresividad como afirmación de carácter viril, fuerza, capacidad de hacerse respetar o ejercer liderazgo. La mujer desde niña es inducida a inhibir y reprimir su agresividad (Burin, 2002), mientras que el hombre la privilegia como medio para obtener lo que quiere y para reafirmarse ante los otros.

A lo largo del todo el ciclo vital los varones tienen experiencias que contribuyen a una hipertrofia de la agresión en la conducta y de las emociones asociadas, es decir rabia, ira, enojo, rivalidad, suspicacia, odio y ansias de venganza (Burin y Meler, 2000). Esta hipertrofia induce a un estado de beligerancia del sujeto en diversas situaciones que implican diferencia con otra persona o dificultad para alcanzar un propósito, las cuales son percibidas como amenaza o ataque al que se debe reaccionar. Ve y actúa frente a cualquier dificultad haciendo uso de la rabia. Piensa y siente con el puño cerrado, los dientes apretados y el ceño fruncido, tanta tensión del cuerpo deja pasar escasas ideas y emociones. Tal vez se ve a sí mismo como un ser deseoso de amar y dar amor, pero ante la mínima dificultad, frustración o conflicto entra en ira y ve al otro como un enemigo, como una amenaza a eliminar.

La rabia es una emoción más, en sí no es buena ni mala, pero se producen serias distorsiones cuando se convierte en el único color que se aplica a las vivencias. Si hay miedo se disfraza con rabia, si hay tristeza se convierte en rabia, si hay soledad se manifiesta rabia hacia el mundo. Esto no es natural pero muchos hombres se han resignado a vivir así, asumiendo la agresividad como una fuerza pulsional que exige ser satisfecha y es difícil de controlar.

La hipertrofia del registro agresivo es correlativa a severas restricciones en el resto del espectro emocional. Muchas expresiones de la afectividad entran en conflicto con los ideales masculinos, entre ellas están el dolor, la angustia, el miedo, la tristeza, el desamparo o la desesperanza, pero también están aquellas que llevan a establecer vínculos humanos como la ternura, el cariño, el amor, la empatía, la proximidad y la compasión. Debido al conflicto que representan, tales emociones son objeto de inhibiciones y represiones que impiden su expresión.

Las inhibiciones producen un empobrecimiento del yo (Freud 1925/1981), para no sentir se necesita más que un aprendizaje, hay que restringir funciones lo cual comporta una pérdida de recursos subjetivos. Como resultado se adquiere un carácter fuerte, avasallante y hostil que encubre una subjetividad empobrecida de recursos para vivir, relacionarse y disfrutar. El guerrero irascible y explosivo es sólo una quebradiza cubierta de un ser raquíptico en lo emocional, en la valoración de sí mismo o en la capacidad para establecer vínculos humanos.

Las represiones son otra fuente de restricción de las emociones. Por medio de la represión se remueve de la conciencia, se desaloja todo aquello que pueda entrar en contradicción con el ideal, en el caso que nos ocupa opera sobre las emociones que no encajan en ciertos ideales masculinos. Lo rechazado a través de la represión no desaparece, sigue ahí y el sujeto puede vivirlo como una oscura amenaza frente a la cual levanta sus defensas. Se establece así una escisión en el sujeto que afecta la salud física y psicológica. Otra consecuencia de la represión se debe a que ésta actúa sólo sobre la representación mental del afecto, su energía psíquica queda ahí y busca expresión por los caminos abiertos y permitidos, es decir los de la agresión, lo cual contribuye a la hipertrofia señalada anteriormente.

Un lugar común muy difundido es el que define la violencia masculina como un problema en el manejo de la ira. Suele plantearse esto en casos de violencia contra la mujer y son los maltratadores los principales partidarios de este punto de vista, ya que concuerda con excusas tales como «fue un impulso», «lo que pasa es que ella me hace perder el control» o «no sé cómo pudo pasar». La ira no es la causa del problema sino una expresión más del mismo, es necesario plantearse de dónde sale, por qué se considera normal sentirla hacia la pareja, qué tensión interna es la que emerge a través de ella pero se encubre con agresión. El maltratador suele culpabilizar a la pareja percibiéndola como fuente de amenazas de las que tiene que defenderse con violencia. Esto es por una parte una racionalización sustentada en el uso del poder contra la mujer, pero en muchos casos es también resultado de procesos defensivos: se usa el ataque a la pareja para encubrir y evadir un asunto inconsciente del propio sujeto. Por medio del ejercicio del poder, se agrede a la mujer para acallar un conflicto psíquico angustiante y rechazado. Este proceso de defensa opera de manera análoga en muchas otras formas de violencia.

LA VIOLENCIA ES UNA PRODUCCIÓN SINTOMÁTICA

Lo expuesto hasta acá nos conduce a introducir la perspectiva que aporta la concepción psicoanalítica del síntoma, a partir de la cual podemos comprender que la violencia masculina no es un evento aislado, es una formación compleja donde se tejen referentes de la cultura con los procesos inconscientes, para encubrir conflictos, tropiezos y malestares. El ejercicio naturalizado de la violencia aporta una ficticia ganancia de seguridad, control y dominio pero bajo esa superficie están los elevados costos que pagan los mismos que la ejercen. Van en esa cuenta la pérdida de vínculos personales, el deterioro de la salud física, la angustia sin salida, la sombría depresión, la soledad y el vacío existencial.

La masculinidad basada en la potencia fálica, el ejercicio del poder y la identificación a ideales de superioridad, supone el rechazo de aquellos aspectos de la subjetividad que entran en contradicción con esos referentes. Pero lo que fue rechazado en el sujeto sigue ahí inconsciente, sigue siendo parte de él pero convertido en una presencia inquietante, una fuente de conflictos, procesos defensivos y formación de sustitutos que hacen daño. Lo que ha quedado estancado va a desbordar por otro lado, se convierte en penuria, se transforma en algo más dañino que se va a manifestar en el cuerpo, en las relaciones con los otros, en los hábitos del individuo, puede presentarse como enfermedad o como violencia dirigida hacia otros o hacia sí mismo.

Los malestares resultantes se integran en la vida como síntomas, es decir, sustitutos deformados de procesos psíquicos que han sido interrumpidos y forzados a mantenerse inconscientes. Así, los problemas manifiestos tienen sentidos inconscientes, son fuente de dificultades y a la vez manifestación de algo que busca ser atendido. Con frecuencia, los síntomas se incorporan como un modo de ser naturalizado por medio de racionalizaciones y falsas ganancias que se obtienen de ellos. El sujeto queda detenido en un tiempo pasado, convierte en algo fijo y naturalizado la solución fallida que se le dio a un asunto en otro momento de la vida. Aunque hayan caducado las condiciones que les dieron origen, los síntomas se mantienen en el tiempo sin modificarse (Freud, 1917/1981).

Tal modo de vida es exitoso sólo en apariencia, en realidad pasa por crisis que pueden presentarse como ataques de pánico, episodios de violencia, accidentes por conductas riesgosas, consumo de drogas, ruptura de vínculos interpersonales o deterioro de la salud física. El individuo atribuye a la fatalidad o la mala fortuna las consecuencias de procesos que lo involucran pero desconoce.

Hay en la subjetividad inconsciente procesos y estructuras que dificultan en los varones la posibilidad de vivir con la pérdida, la carencia, lo incompleto, lo no logrado, el fracaso. En tal sentido podemos ubicar el papel del narcisismo asociado a ser varón, la angustia que surge ante la posibilidad de carecer de algún atributo fálico, la identificación con otro varón al que se le atribuyen las insignias del poder, el apego a figuras cuidadoras prestas siempre a reparar y rescatar. Como resultado, el varón acumula y carga con el peso de sistemas de defensa, construidos para protegerse de aspectos de su subjetividad que son percibidos como angustiantes peligros.

Cuestionar lo naturalizado y prestar atención a los síntomas nos permite percibir que nos hablan del fracaso de esas defensas y de algo que quiere ser integrado a la existencia. Reconocerlos y preguntarse por su sentido inconsciente, abre el camino de un proceso de cura en el que se pueda prescindir de las represiones, reintegrar lo escindido, darle lugar en la realidad psíquica a lo que había sido rechazado, hacer surgir un sujeto partícipe comprometido con sus vivencias. Dejar caer algo que se sostiene titánicamente, que aporta una aparente comodidad pero llena de pesadumbre la existencia.

SOLTAR ATADURAS QUE IMPIDEN EL CAMBIO

Cuando la vida se encuentra regida por el imperativo de mantenerse idéntico a un ideal de masculinidad, se experimentan grandes dificultades para emprender o aceptar cambios. Se vive así apegado a un tiempo lineal, el futuro se ve como la prolongación de un instante actual definido por una imagen pretérita. Ese tiempo psíquico estático entra en conflicto con el devenir de la vida real, impide encontrar formas de vivir con menos malestar y más satisfacción.

En el fondo, gran parte de los hombres siente una profunda necesidad de romper con todo eso, cada uno sabe que una parte de sí está reprimida, no se ha podido expresar en su existencia, está a la espera de emerger, es una voz que quiere ser escuchada.

Adentrarse en los procesos subjetivos abre caminos para el cambio, ayuda a superar la inmovilidad y la repetición compulsiva. Hay otras opciones, es posible el movimiento hacia nuevas realidades subjetivas si abandonamos la creencia de que los hombres son básicos y simples por naturaleza. Tengamos en cuenta que lo masculino no se hace sólo aprendiendo conductas dadas por el entorno, decir que las subjetividades

masculinas se conforman alrededor de las creencias y mandatos de un modelo hegemónico es sólo una parte del asunto. La subjetividad individual reproduce ese modelo, pero es mucho más que eso, abarca realidades conscientes e inconscientes que perviven en el sujeto a pesar de estar en contradicción con los mandatos asumidos.

No todos los hombres definen su subjetividad por los patrones hegemónicos de masculinidad, no todo en las subjetividades masculinas responde a esos patrones. En ese no todo estriba una oportunidad de hacer la diferencia. Cada hombre tiene la opción de reconocer en su historia lo que ha marcado su masculinidad, de reconocerse como sujeto de los procesos inconscientes que la han conformado. Esto abre la posibilidad de concebir otras opciones válidas para cada uno y hacer elecciones con base en las mismas. Abre la posibilidad del cambio hacia otras maneras de vivir la masculinidad sin ataduras al ejercicio del poder, el privilegio o la violencia.

Poco hacemos con cambios culturales o políticos si todo sigue igual en la subjetividad. Tampoco nos ayudan las visiones moralistas o voluntaristas que conciben el cambio como la imposición de un deber ser, un ideal de ser mejores hombres que termina siendo sólo apariencia porque soslaya lo que ocurre en la realidad del sujeto. Los cambios impuestos sólo producen obediencia aparente y resistencia encubierta. Postular una masculinidad que sustituya la anterior, un hombre nuevo del siglo XXI, no sería más que actualizar el modelo hegemónico vigente y tendría implicaciones autoritarias.

Un cambio sería lograr trascender el asunto de ser o no ser hombre como referente central en la construcción de la subjetividad. Preguntarse por qué importa tanto ese asunto. En lugar de seguir preguntándose acerca de cómo ser más o mejor hombre, llegar a plantear ¿cómo lograr que hacerse hombre deje de ser obstáculo al movimiento en la subjetividad?

Podemos también cuestionar la idea de la masculinidad como referente unitario, no vemos el cambio como la sustitución de un patrón hegemónico por otro. Tampoco buscamos héroes, de esos ya hemos tenido bastantes. Hace falta superar la unidimensionalidad, el pensamiento único, la identidad disciplinada y uniformada, para que no haya una sola forma de ser hombre, sino todas las posibles. Que tenga legitimidad la diferencia, la particularidad de cada uno en su manera de vivir y darle sentido a lo masculino, que todas esas posibilidades las vivan muchos individuos, pero que también puedan ser opciones para un mismo individuo en los diferentes lugares y momentos de su vida.

Fluir por diferentes experiencias y roles, en la calle, en el trabajo, pero también en la crianza de los hijos o en labores domésticas. Ser atendido

y cuidado, pero también ser capaz de atender, cuidar a otros y sentir satisfacción en ello. Enterarse y experimentar que además de la ira existe un amplio espectro de emociones que se pueden sentir, nombrar, expresar y tomarlas como referente para la vida de todos los días. Atreverse a usar la empatía para ver al mundo y a sí mismo también desde un punto de vista femenino.

Hay hombres que quieren sacar de sus vidas la violencia porque perciben sus consecuencias en ellos mismos y en quienes les rodean. No son pocos, son muchos más de lo que se piensa, pero esa aspiración algunos la viven como un deseo que no se atreven a decir en voz alta, otros piensan que sería bonito pero no creen que se pueda realizar, otros ven la violencia como algo inevitable en la lucha por la sobrevivencia. Al final, terminan asumiendo que es algo de lo que no se puede escapar, que sería cobarde evitarla y que tarde o temprano no queda más remedio que recurrir a la violencia en las relaciones con las mujeres, con otros hombres, con los hijos, los compañeros de trabajo, la gente que se cruza en la calle o la que acude a un centro de estudios. Hemos escuchado el falso realismo de quienes afirman que vivir sin violencia es imposible

Desde la infancia, mujeres y hombres nos hemos sometido al axioma de que masculinidad y violencia son cosas indisociables. Para salir de esta trampa hace falta emprender cambios en la manera de relacionarnos, el modo de vida, la imagen que tenemos de los otros, la forma en que procesamos nuestras emociones y lo que hacemos con nuestras angustias recónditas. Es decir, no se trata de parar la violencia con más violencia, sino ocuparnos del entramado social y subjetivo que la produce.

Prescindir de la violencia no consiste en emprender un nuevo enfrentamiento, realizar un esfuerzo prodigioso o una tarea hercúlea frente a fuerzas sobrehumanas o monstruos que habitan en las profundidades. Hemos tenido ya demasiados héroes. Oponer una fuerza a otra no es lo que ayuda a detener la violencia, sino pasar a la práctica de soltar, desprenderse y dejar ir.

Parar la violencia no es una tarea simple pero es más sencillo de lo que se piensa. No se trata de imponerse apretadas ataduras para contener supuestos impulsos indomables, sino de separarse de cargas, soltar tensiones, abrir lo que está cerrado, dejar caer certidumbres que paralizan. En lugar de constreñirse más, ganar la libertad de renunciar a muchos supuestos, creencias y fantasías que moran en el inconsciente. Encontrar bienestar al desprenderse de hábitos que se repiten sin sentido y disfraces de virilidad que degradan la condición masculina. Dejar de asumir la violencia como

algo innato, inevitable y necesario, para abrirse a la comprensión de que es construida, contingente y prescindible.

Si soltamos el ansioso apego por la violencia nos abrimos al encuentro con los valores éticos y estéticos de una vida más apacible, y dejamos fluir nuestras acciones en la construcción de vínculos amorosos entre seres humanos.

Hay hombres que trabajan por la paz, son muchos, más de lo que se piensa, pero usualmente son invisibles porque no buscan hacerse notorios ni ganar poder.

Referencias bibliográficas

- Baricco, A. (2005) *Homero, Iliada*. Barcelona, España: Editorial Anagrama.
- Burin, M. (2002). *Estudios sobre la subjetividad femenina. Mujeres y salud mental*. Buenos Aires: Editorial Librería de Mujeres
- Burin, M. y Meler, I. (2000). *Varones. Género y subjetividad masculina*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Connel, R. W. (1997) La organización social de la masculinidad. En Valdés, T. y Olavarría J. (Eds.) *Masculinidades. Poder y crisis* (Pp. 31-48). Santiago, Chile: Isis Internacional.
- Freud, S. (1917/1981) Lecciones introductorias al psicoanálisis. En *Obras Completas*. Madrid: Biblioteca Nueva. Pp. 2123-2412.
- (1925/1981) *Inhibición, síntoma y angustia*. En op. cit. Pp. 2833-2883.
- (1933/1981) *Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis*. En op.cit. Pp. 3132-3146.
- Foucault, M. (1988). El sujeto y el poder. *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 50, No. 3. (Jul. - Sep., 1988), pp. 3-20. Versión electrónica en <http://asc2.files.wordpress.com/2007/11/el-sujeto-y-el-poder.pdf>
- Hillman, J. (2010). *Un terrible amor por la guerra*. Madrid: Editorial Sexto Piso
- Huggins, M. (2005) *Género, políticas públicas y promoción de la calidad de vida*. Caracas: ILDIS.
- Kaufman, M. (1997) Las experiencias contradictorias del poder entre los hombres. En Valdés, T. y Olavarría J. (Eds.) *Masculinidades. Poder y crisis* (Pp. 63-81). Santiago, Chile: Isis Internacional.
- Lacan, J. (1986). *El Seminario Libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- (1985) La significación del falo. En op. cit. Pp. 665-675.

- (1981). *El Seminario Libro 20: Aun*. Buenos Aires: Coedición Ateneo de Caracas – Paidós.
- Moreno, A. (1997). *La familia popular venezolana*. Caraca: Centro de investigaciones populares.
- Organización Mundial de la Salud (2003). *Informe mundial sobre la violencia y la salud*. Organización Panamericana de la Salud, Oficina Regional para las Américas de la Organización Mundial de la Salud. http://www.who.int/violence_injury_prevention/violence/world_report/en/summary_es.pdf
- Rivas, L. M. (2010). *¿Literatura masculina? Género e imaginarios de la nación en la narrativa venezolana*. Facultad de Humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela.
- Rangel, D. (2011). *La construcción subjetiva de la violencia en jóvenes delincuentes de un barrio de Caracas*. Tesis de licenciatura no publicada. Universidad Central de Venezuela. Venezuela.
- Zubillaga, V. (2007). Los varones y sus clamores: Los sentidos de la demanda de respeto y las lógicas de violencia entre jóvenes de vida violenta de barrios de Caracas, *Espacio Abierto: Asociación Venezolana de Sociología*. 6(3), 577-608.